Cuando los últimos caballos estuvieron en la orilla izquierda, el Gobernador Ben-el-Abbassi volvió á montar y reunió á sus soldados en la opuesta margen.

En el momento de partir, el Embajador y todos nosotros saludamos con la mano.

La escolta de Karia-el-Abbassi respondió con una tempestad de descargas y desapareció; pero durante algunos momentos vimos todavía entre el humo la hermosa figura blanca del Gobernador, enhiesta sobre los estribos, con el brazo tendido hacia nosotros en señal de buen presagio y despedida.

Acompañados solamente por la escolta de Fez, nos internamos en la tierra de los Beni-Hassen, tristemente famosa.

BENI-HASSEN

Más de una hora caminamos por entre altísimos sembrados de cebada, de los que sobresalía acá y allá una tienda negra, una cabeza de camello ó una nubecilla de humo. Los escorpiones, las culebras y los lagartos corrían por los senderos por donde pasábamos. En aquel breve tiempo había calentado el sol las sillas de tal modo, que casi no se podía poner la mano encima. La luz nos ofendía los ojos, la polvareda nos sofocaba; todos callábamos. La llanura que se extendía delante de mí como un océano, me daba cierto espanto como si debiera caminar eternamente; pero la curiosidad de ver de cerca aquellos fieros Beni-Hassen, de los que tanto había oído hablar, me reanimaba.—¿Qué clase de gente son?—pregunté á un intérprete.—Ladrones y asesinos—me contestó;—caras del otro mundo, la peor casta de Marruecos.—Yo investigaba con ansia el horizonte.

Las caras del otro mundo no se hicieron esperar mucho tiempo.

Vimos de lejos, delante de nosotros, una gran nube de polvo, y pocos momentos después fuimos rodeados por una turba de trescientos salvajes á caballo, verdes, amarillos, color de escarlata, blancos, violáceos, harapientos, agitados, jadeantes, que parecían salir de un combate. Entre la espesa polvareda que nos envolvía, vimos á su Gobernador, que era un jigante de largos cabellos y gran barba negra, seguido por dos Vicegobernadores canos, y los tres armados de fusiles, acercarse al Embajador, estrecharle la mano y desaparecer. Inmediatamente después comenzaron las cargas, los gritos y los tiros. Parecían frenéticos. Disparaban entre las patas de nuestras mulas, sobre nuestra cabeza, junto á nuestros hombros. Vistos de lejos, debían parecer una cuadrilla de asesinos atacándonos. Había viejos formidables con largas barbas blancas, reducidos á huesos y pellejo, pero que parecían hechos para resistir á los siglos; y también jóvenes de larguísimas melenas negras que ondeaban al viento como crines. Muchos tenían el pecho, las piernas y los brazos desnudos, los turbantes en girones, y trapos encarnados rodeados á la cabeza; jáiques desgarrados, sillas deshechas, bridas de cuerda, sablotes y puñales de formas extrañas. ¡Y qué caras!—Es absurdo—decía el comandante haciendo la caricatura de D. Abundio—es absurdo suponer que esta gente pueda hacer el sacrificio de no matarnos.—Cada semblante de aquéllos contaba una historia de sangre. Nos miraban, al pasar, con el rabo del ojo, como para ocultarnos la expresión de su mirada. Detrás de nosotros venían ciento, otros ciento á la derecha y ciento más á la izquierda, diseminados por los campos á gran distancia. Esta guardia de los flancos era nueva para nosotros, y no tardamos en verla justificada. Cuanto más adelante íbamos, más frecuentes iban siendo las tiendas en el campo, hasta que pasamos entre verdaderas poblaciones rodeadas de nopales y de áloes. De todas estas tiendas acudían árabes vestidos con sólo la camisa, por grupos, á pie, á caballo, en las ancas de los asnos, dos á dos y tres á tres en una sola cabalgadura; las mujeres con niños colgados á sus espaldas, los viejos apoyados en los muchachos, todos empeñados y afanosos por vernos, y acaso no por vernos solamente. Poco á poco se nos reunió un pueblo alrededor, y entonces comenzaron á disolver grupos los soldados de la escolta. Se lanzaron á galope á un lado y á otro contra los grupos más numerosos, gritando, pegando, derribando caballeros y cabalgaduras y llevando mil improperios y maldiciones. Pero los grupos dispersos volvían á reunirse y seguían acompañándonos corriendo. A través del humo y la polvareda, rasgados por los fogonazos, veíamos por aquellos vastísimos campos, á lo lejos, tiendas, caballos, camellos, ganados,

grupos de áloes, columnas de humo y muchedumbre de gente que nos miraba inmóvil y llena de estupor. ¡Por fin habíamos llegado á tierra habitada! ¡Luego existía, no era una fábula, esta bendita población de Marruecos! Después de una hora de paso apresurado, nos encontrábamos de nuevo en un campo solitario acompañados tan sólo por la escolta; y media milla más adelante, al dar la vuelta á un grupo de nopales, tuvimos el inesperado y siempre vivísimo placer de ver flotar la bandera italiana en medio de nuestra pequeña ciudad errante, cuyas últimas tiendas se levantaban en aquel momento.

El campamento estaba á la orilla del Sebú, que describe un gran arco desde el sitio por donde lo habíamos pasado hasta el punto de nuestra llegada.

Una espesa cadena de centinelas á pie, armados de espingardas, se extendía todo en derredor de las tiendas.

Luego el país era peligroso de verdad.

Si hubiera dudado todavía, me habrían archipersuadido las noticias que recogí después.

Los Beni-Hassen son el pueblo más turbulento, más audaz y más ladrón de todo el valle del Sebú. La última prueba de ello fué una sangrienta insurrección, que estalló en el verano de 1873, cuando subió al trono el Sultán reinante, que comenzó por el saqueo de la casa del Gobernador, á quien robaron hasta las mujeres. El latrocinio es su principal ocupación. Se reunen en cuadrillas, á caballo y armados; tienen sus jefes, sus estatutos y derechos reconocidos, en cierto sentido, por el mismo Gobierno, que se sirve de ellos algunas veces para recobrar lo que le ha sido robado. Roban por vía de impuestos forzosos, y la gente robada, en lugar de pasar el tiempo en averiguaci nes y quejas, recobra lo suyo pagando una suma convenida al jefe de los ladrones. Entre los muchachos especialmente, es una cosa muy natural que todos deben robar. Si llevan un balazo en un costado ó les rompen la cabeza de una pedrada, peor para ellos; ya se sabe que nadie quiere que lo roben; y además no hay flor sin espinas. Los padres lo dicen ingénuamente; un hijo de ocho años produce poco; uno de doce años, bastante más, y uno de diez y seis, mucho. Todo ladrón tiene su especialidad: hay el ladrón de granos, el de ganado vacuno, el de caballos, el ladrón de mercado, el ladrón de *aduar* y el ladrón de caminos. Hay también ladrones que perciben una contribución de todas las mujeres que se hacen mercancías, que no son raras ni aun entre aquellas tribus vagabundas. En los caminos asaltan particularmente á los hebreos, á los cuales está prohibido llevar armas. Pero el robo más común es el de los *aduares*. En este género hay artistas insuperables, no sólo entre los Beni-Hassen, sino en todo Marruecos. Van á robar á caballo, y su gran recurso consiste más en la rapidez que en la maña, y más en no dejarse alcanzar que en no de-

jarse ver. Pasan, arrebatan y desaparecen sin dar tiempo á ser conocidos. Sus robos son al vuelo, fulmíneos, juegos de prestidigitación ecuestre. También roban á pie, y en ello son maestros. Se introducen en los aduares, desnudos, porque los perros no ladran á los hombres en cueros; enjabonados de pies á cabeza para resbalar de las manos de quien los coja; con un haz de ramas entre los brazos para que, tomándolos los caballos por árboles, no se espanten. Los caballos son la presa más deseada. Se les agarran al cuello; extienden las piernas debajo del vientre y parten como flechas. Su audacia es increible. No hay campamento de caravana, aunque sea de un Pachá ó Embajador, donde no penetren á pesar de la más esquisita vigilancia. Se deslizan y se arrastran por tierra, cubiertos de yerba, de paja, de hojas, vestidos de pieles de carnero y figurando enfermos, locos, soldados ó santos. Arriesgan la vida por un pollo y andan diez millas por un escudo. Han llegado hasta á robar talegos de dinero de debajo de la almohada de Embajadores qus dormían. Justamente aquella noche, á pesar de la cadena de centinelas, robaron un carnero atado á la cama del cocinero, el cual, al echar de ver por la mañana el robo, estuvo media hora inmóvil delante de la tienda, con los brazos cruzados y la mirada fija en el horizonte, exclamando de cuando en cuando: *¡Ay, Virgen santa! ¡Qué pais! ¡Qué pais! ¡Qué pais!*

He nombrado los aduares. No se puede hablar de Marruecos sin describirlos, y esto puedo hacerlo ampliamente con lo que he visto y lo que he sabido por el Sr. Morteo, que vive hace veinte años en medio de ellos.

Este Sr. Morteo, entre paréntesis, es un hombre singular. Genovés de nacimiento, todavía joven, casado con una bella inglesa, padre de dos preciosos niños y bastante rico para poder vivir espléndidamente en cualquiera ciudad de Europa, está como un relegado voluntario en Mazagán, pequeña ciudad situada en el litoral del Atlántico, á doscientos kilómetros de Marruecos, en medio de los árabes y de los moros, sin ocuparse más que de su familia y de su comercio, sin ver durante meses y meses la cara de un europeo, y no conservando con el mundo civilizado otra relación que la de ser suscriptor á dos periódicos ilustrados. De cuando en cuando va á dar una vuelta por Francia ó Italia, pero se fastidia apenas llega, y desde los palcos de la Scala y de la Grande Opera, suspira por su casita morisca bañada por las olas del Océano, sus ganados, sus aduares y la ignorada vida de su segunda patria africana. En aquel país, donde no hace mucho un agente consular de Francia, dominado por una desesperada melancolía se volvió loco, y otro trató de sepultarse vivo en las arenas de la playa, no tuvo ni un solo día de *spleen*. Habla árabe, come á lo árabe, vive entre los árabes, los

estudia, los quiere, los defiende; ha contraído algunos de sus defectos y algunas de sus buenas cualidades; en resumen, no tiene de europeo más que la familia, el vestido y la pronunciación genovesa. Con todo, no pudiera mostrarse más amablemente italiano, que lo fué desde el primero al último día del viaje. Intérprete, Intendente, guía, compañero, se hizo querer y fué útil á todos, sin que nadie disintiese de él más que en un punto: nosotros augurábamos la civilización á Marruecos; él sostenía que la civilización haría á aquel pueblo dos veces más triste, y cuatro veces más infeliz; pero hay que confesar que, aunque no tenía razón, algunas veces estábamos tentados á dársela.

El *aduar* está compuesto ordinariamente de diez, quince ó veinte familias, ligadas entre sí generalmente por vínculos de parentesco, y teniendo cada familia su tienda. Las tiendas están dispuestas en dos líneas paralelas, distantes treinta pasos unas de otras, de modo que forman en el centro una especie de plazoleta rectangular, abierta por dos lados. Estas tiendas son casi todas iguales. Consisten en un gran trozo de tejido negro ó color de chocolate, hecho de fibras de palmeras enanas ó de pelo de cabra ó de camello, sostenido por dos palos ó dos gruesas cañas, unidas por una traviesa de madera que forma el techo. Su figura es todavía la de las viviendas de los númidas de Yugurta, que Salustio comparaba á una nave quilla arriba.

En invierno y en otoño, la tela está tendida hasta tocar en tierra y sujeta con cuerdas á unas estaquillas, para que no penetre el viento ni el agua. En verano se deja alrededor una ancha abertura para que circule el aire. Por este medio, las tiendas son más frescas en verano y están más cerradas en la estación lluviosa que las mismas casas moras, que no tienen huecos ni vidrieras. La altura máxima de una tienda es de dos metros y medio, la longitud de diez, y las que pasan de esta medida pertenecen á un opulento *jeque* y son raras. Una pared de juncos divide la tienda en dos partes: á un lado duermen el padre y la madre, al otro lado los hijos y el resto de la familia. Una ó dos esteras de mimbres, una caja de madera pintada de arabescos para guardar la ropa, un espejito redondo de Trieste ó de Venecia, un alto trípode de caña que cubren con el jáique para lavarse debajo, dos piedras para moler el grano, un telar de la misma forma que en tiempo de Abraham, algunas vasijas de barro, pieles de cabra, platos, una rueca, una silla de montar, una espingarda, una gumía, es todo el ajuar de esta casa. En un rincón cualquier utensilio, á la entrada un hornillo, á un lado de la tienda un pequeño huerto y más lejos algunos silos revestidos de piedra ó de cemento, donde se conserva el grano. En casi todos los grandes *aduares* hay una tienda separada, donde está el maestro de escuela, al que paga el *aduar* cinco pesetas al mes,

sin contar muchos víveres y provisiones. Todos los muchachos van allí á repetir cien mil veces los mismos versos del Koran, y á escribirlos, cuando los saben bien de memoria, sobre una tablilla de madera. La mayor parte de ellos dejan la escuela antes de saber leer, para ir á trabajar con sus padres, y olvidan en poco tiempo lo que han aprendido. Los muy pocos que tienen fuerza de voluntad y pueden estudiar, continúan en la escuela hasta los veinte años, para ir luego á completar los estudios á una población y hacerse *taleb*, que significa escribano ó notario, y equivale á sacerdote, porque entre los mahometanos, la ley religiosa y la civil son una misma cosa. La vida que se hace en estos aduares es sencillísima. Todos se levantan al alba, rezan sus oraciones, ordeñan las vacas, hacen manteca y beben el suero, sirviéndose para beber de conchas que compran en las poblaciones de la costa. Después, los hombres se van á trabajar al campo y no vuelven hasta la noche. Las mujeres van á buscar agua y leña, muelen el grano, tejen las ásperas telas con que se visten ellas y sus maridos, hacen cuerdas para las tiendas con fibras de palmeras enanas, envían la comida á sus maridos y preparan el alcuzcuz para la noche. El alcuzcuz se mezcla con habas, cebollas y otros vegetales; algunas veces lleva azúcar y caldo de carne, y en los días grandes se come con carne. Cuando vuelven los hombres cenan, y á la puesta del sol se

echan generalmente á dormir. Algunas veces, después de cenar, algún viejo cuenta una historia, rodeado de sus parientes Durante la noche, el *aduar* queda sumergido en el silencio y en las tinieblas; solo alguna familia tiene delante de su tienda una lucecita encendida para que sirva de guía á los caminantes extraviados. El vestido de los hombres y de las mujeres no es más que una camisa de algodón, una capa y un jáique. Las capas y los jáiques no se lavan más que tres ó cuatro veces al año, con motivo de las fiestas solemnes, por lo cual son casi siempre del color de la piel ó más negros. La limpieza del cuerpo está más cuidada, porque no se puede orar sin hacer las abluciones prescritas por el Korán. Las mujeres se lavan todo el cuerpo por las mañanas, escondiéndose debajo del trípode, cubierto con el jáique. Pero trabajando como trabajan y durmiendo como duermen, siempre están sucias, á pesar de que (¡oh milagro!) hacen uso del jabón. En el tiempo de descanso, muchos juegan á los naipes, y cuando no juegan es una gran diversión para los hombres tenderse boca arriba en el suelo y jugar con sus niños; pero este cariño se enfría según van creciendo.

Muchos de estos hijos del *aduar* llegan á la edad de diez ó catorce años sin haber visto jamás una casa, y es curioso oir contar á los moros y á los europeos de las poblaciones que los toman á su servicio, el aturdimiento que sienten al entrar por pri-

mera vez en una habitación, cómo tientan las paredes, cómo pisan el pavimento y con qué viva emoción se asoman á las ventanas y ruedan por las escaleras abajo.—Los principales acontecimientos en estos pueblos errantes son los matrimonios. Los parientes y amigos de la desposada, con gran estrépito de tiros y de voces, la conducen sentada en la grupa de un camello al *aduar* del esposo, envuelta en un manto blanco ó azul turquí, toda perfumada, con las uñas teñidas de henné y las cejas pintadas. El *aduar* del esposo, por su parte, convida á todos los *aduares* vecinos, de los cuales acuden casi siempre cien ó doscientos hombres armados de espingardas. La esposa baja del camello delante de la tienda de su futuro marido, se sienta en una silla adornada y llena de flores y asiste á la fiesta. Mientras los hombres hacen *el juego de la pólvora*, las mujeres y las niñas, formadas en círculo delante de ella, bailan al son de un tambor y un pito, formadas en círculo en torno de un jáique tendido en tierra, en el cual todos los convidados echan una moneda para los esposos y un pregonero anuncia en alta voz el regalo. Hacia la noche cesa el baile, callan las espingardas, se sientan todos en el suelo, vienen enormes platos de alcuzcuz, pollos asados, carneros, té, dulces, frutas, y la cena se prolonga hasta más de la media noche. Al día siguiente, la esposa, vestida de blanco, con una faja roja arrollada por la cara, tapándole la boca, y la capucha echada sobre la cabeza y acompañada de sus parientes y amigos, va por los aduares vecinos otra vez á recoger dinero. Cuando uno muere, repiten los bailes. El pariente más próximo del difunto recuerda sus virtudes: los demás, agrupados en torno suyo, danzan con gestos dolorosos, se cubren de fango, se arañan la cara y se arrancan los cabellos; después lavan el cadáver, lo envuelven en un lienzo nuevo, lo llevan al cementerio y lo sepultan apoyado sobre el lado derecho, con la cara vuelta á Oriente. Estas son sus costumbres, por decirlo así, públicas; pero las íntimas, ¿quién las conoce?—¿Quién puede seguir los hilos de que está formada la trama de la vida de un aduar?—¿Quién puede saber cómo habla el primer amor, cómo se mueven las calumnias, de qué extraño modo y con qué extraños accidentes se producen y luchan el adulterio, los celos, la envidia, qué virtudes brillan, qué sacrificios se consuman y qué abominables pasiones existen entre aquellas paredes de tela? ¿Quién puede remontarse al origen de sus fabulosas supersticiones? ¿Quién puede esclarecer aquella rara mezcla de confusas tradiciones paganas y cristianas, las cruces marcadas en la piel, la vaga creencia en los sátiros, cuyas hendidas huellas encuentran en la tierra, la muñeca llevada en triunfo al brotar el grano, el nombre de María invocado en auxilio de las parturientas, y los bailes en círculo que recuerdan las ceremonias de los adoradores del sol?—Sólo una

cosa se ve cierta y clara: la miseria. Viven de los escasos productos de tierra mal cultivada, agobiados por impuestos onerosísimos é inseguros, recaudados por el Xeik ó jefe del aduar, elegido por ellos, y sometido directamente al Gobernador de la provincia. Pagan al Gobierno en dinero ó especie, la décima parte de la cosecha y una peseta, por término medio, por cada animal. Pagan cien pesetas al año por cada trozo de terreno que puede arar una yunta de bueyes. Hacen al Sultán en las principales fiestas del año un regalo obligatorio, que equivale casi á un impuesto de cinco pesetas por cada tienda. Desembolsan dinero ó entregan víveres, al arbitrio de los Gobernadores, cuándo para el Sultán, cuándo para un Pachá, una Embajada ó un cuerpo de ejército. Además de esto, cualquiera que tenga dinero está expuesto á las vejaciones de los Gobernadores, que no las ocultan ni las excusan bajo ningún pretexto, sino que las llevan á cabo con desvergonzada violencia. Es una desgracia tener fama de hacendado. El que tiene un corto peculio, lo entierra, vende á escondidas y finge miseria y hambre. Ninguno acepta en pago de cualquiera cosa una moneda denegrida, aunque esté seguro de que es buena, porque puede parecer desenterrada y puede dar que sospechar á los que andan á caza de tesoros. Cuando muere un hacendado, sus parientes, para librarse de la rapiña, hacen un regalo al Gobernador. Regalan para pedir justicia, para

evitar persecuciones y para librarse de morir de hambre; pero cuando al fin el hambre los atormenta y la desesperación los ciega, abaten las tiendas, empuñan las espingardas y lanzan el grito de la sublevación. ¿Qué sucede entonces? El Sultán desata tres mil furias á caballo que van á sembrar la muerte en el país rebelde. Cortan cabezas, roban los ganados, apresan las mujeres, incendian las mieses, reducen la tierra á un desierto cubierto de cenizas y de sangre, y vuelven á anunciar á palacio que está dominada la rebelión. Pero si la sublevación cunde y no surten efecto los medios con que el gobierno trata de desunir las fuerzas, y dispersa los ejércitos y queda por dueño del campo, ¿qué ventajas alcanza fuera de aquellos días de libertad guerrera que le cuestan millares de vidas? Elegirán otro Sultán y provocarán una guerra civil entre las provincias, después de la cual vendrá un despotismo mayor esto es, lo que viene sucediendo hace siglos.

El 10, la caravana se puso en movimiento al rayar el alba, escoltada por los trescientos jinetes de los Beni-Hassen y su Gobernador Abd-Allah, *siervo de Dios*.

Durante toda aquella mañana seguimos caminando por la llanura, entre sembrados de cebada, de trigo y de maíz, cortados por grandes trechos cubiertos de hinojo silvestre y de flores, y sembrados de grupos de árboles y de tiendas negras, que

de lejos presentaban el aspecto de aquellos grandes montones de carbón que se ven de cuando en cuando por la marisma toscana. Encontrábamos con más frecuencia que en los días anteriores rebaños, caballos, camellos y grupos de árabes. A lo lejos, frente á nosotros, se extendía una cadena de montañas de un finísimo color ceniciento, y á la mitad de la distancia, entre los montes y la caravana, blanqueaban dos *Cubas*; la primera iluminada por el sol, y apenas visible la segunda. Eran las *Cubas* de Sidi-Ghedar y de Sidi-Hassen, entre las cuales está el límite de la tierra de los Beni-Hassen. Cerca de la *Cuba* más lejana debíamos plantar aquel día nuestras tiendas.

Mucho antes de llegar al límite, el Gobernador Sidi-Abd-Allah, que desde el instante de la partida parecía pensativo é inquieto, se acercó al Embajador é hizo señas de que quería hablar.

Acudió Mohamed Ducali.

—El Embajador de Italia me perdonará—dijo el arrogante Gobernador—si me atrevo á pedirle permiso para volver atrás con mi escolta.

El Embajador le preguntó por qué.

—Porque—contestó Sidi-Abd-Allah contrayendo sus grandes cejas negras—mi casa no está segura.

—¡Está bueno!—pensamos nosotros. —¡A dos millas de distancia! ¡Qué delicioso empleo debe ser el de gobernar á los Beni-Hassen!

El Embajador consintió; Sidi-Abd-Allah le cogió la mano y la oprimió sobre su pecho con enérgica expresión de gratitud. Después revolvió el caballo, y aquella turba pintoresca, harapienta, terrible, lanzando sus caballos á rienda suelta, no era á los pocos instantes más que una nubecilla de polvo en el horizonte.